

PROGEDES



"LA IMPORTANCIA DE MI PALABRA"



CREDITOS

Proyecto “Gestión Educativa para el Desarrollo, PROGEDES
Cuento “La importancia de mi Palabra”

Autor del Cuento Original:

Lic. Ramón Ordoñez Gutiérrez

Miembro del Equipo Técnico Proyecto “Gestión educativa para el
Desarrollo, PROGEDES

Revisión General y Adaptación

MSc. Ileana González Figueroa – Directora INPRHU Estelí

MSc. Sagrario A. Valenzuela P. – Coordinadora PROGEDES

Ilustraciones Lineales:

· Lorenza Kyburtz
Cooperante Inter Agire, Suiza

Este cuento es dedicado especialmente a las niñas, niños y adolescentes trabajadoras(es) y sus familias, que día a día luchan por un presente y un futuro mejor.

PROGEDES

“Uniendo esfuerzos
para mejorar la educación”

La educación es un derecho humano a todas las personas sin distinciones de edad, raza, creencias políticas o religiosas, condición social, sexo e idioma. El estado garantiza el ejercicio del derecho a una educación integral y de calidad para todos y todas. La sociedad tiene la responsabilidad de contribuir a la educación y el derecho a participar en su desarrollo. Arto. 6 - inciso (a) Ley General de Educación. Ley 582

Consorcio PROGEDES

MANAGUA: CARE Nicaragua

Teléfono: 2278 0018

E-mail: Roberto.Paramo@ca.care.org

ESTELÍ: INPRHU - Estelí Teléfono: 2713 3165 / 2713 6391

E-mail: inprhues@turbonett.com.ni

JINOTEGA: LA CUCULMECA - Jinotega

Teléfono: 2782 3528

E-mail: educacion_cuculmeca@alfanumeric.com.ni

“La presente publicación ha sido realizada con la asistencia de la Unión Europea y Care Francia. El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva del Consorcio del Proyecto de Gestión Educativa para el Desarrollo (PROGEDES): Care Nicaragua, INPRHU Estelí y La Cuculmeca – Jinotega y en ningún caso debe considerarse que refleja los puntos de vista de la Unión Europea”.

Además su mamá y su papá se comprometieron que a partir de ese día, les dejarían más tiempo para la Escuela y que irían con su papá a vender al pueblo, solamente en los días libres o en las vacaciones.

Después de una hora de viaje, Rosario divisó la escuelita que estaba a la entrada del pueblo, en ese momento sintió que el corazón se le salía y pensó: — ¿Qué me pasa? - ¿Será que estoy nerviosa?, Sí, yo creo que sí ¿Y si no puedo leer ese letrero?, — , se preguntó. — Bueno, en ese caso me esforzaré más.

De pronto el reto estaba frente a ella y empezó a leer sin cancanear:



¡Y colorín colorado, este cuento se ha acabado!

Fin

Nota: Algunas expresiones utilizadas en el texto del cuento como: nayden, , pa',... son tomadas del lenguaje popular del campo.



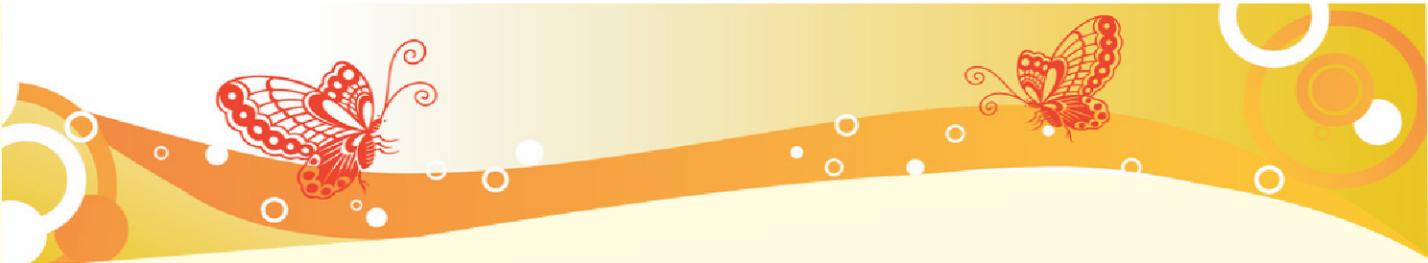
En el Ojoche, el pueblo donde yo nací, había una familia pobre, pero muy pobre, compuesta por Don Juan de la Pelota, un señor de piel morena, alto y delgado. Era delgado porque lo poco que conseguía con su trabajo no le ajustaba para alimentarse él y su familia.

Su esposa, doña Canduchita, - le decían así porque era muy bajita -, era una mujer muy risueña. Para todo, ella tenía una sonrisa en sus labios.

Sus hijos, Juancito de 9 años y Rosario de 12 a pesar de su corta edad, trabajaban duro en el campo recogiendo leña, sembrando maíz y frijoles. Además, acompañaban a Don Juan de la Pelota, en sus viajes al pueblo para vender los pocos productos que cosechaban.

Cuando realizaban estos viajes iban con los burros bien cargados y siempre pasaban por una Escuelita donde estudiaban muchas niñas y niños que vivían en otras comunidades cerca del Ojoche.

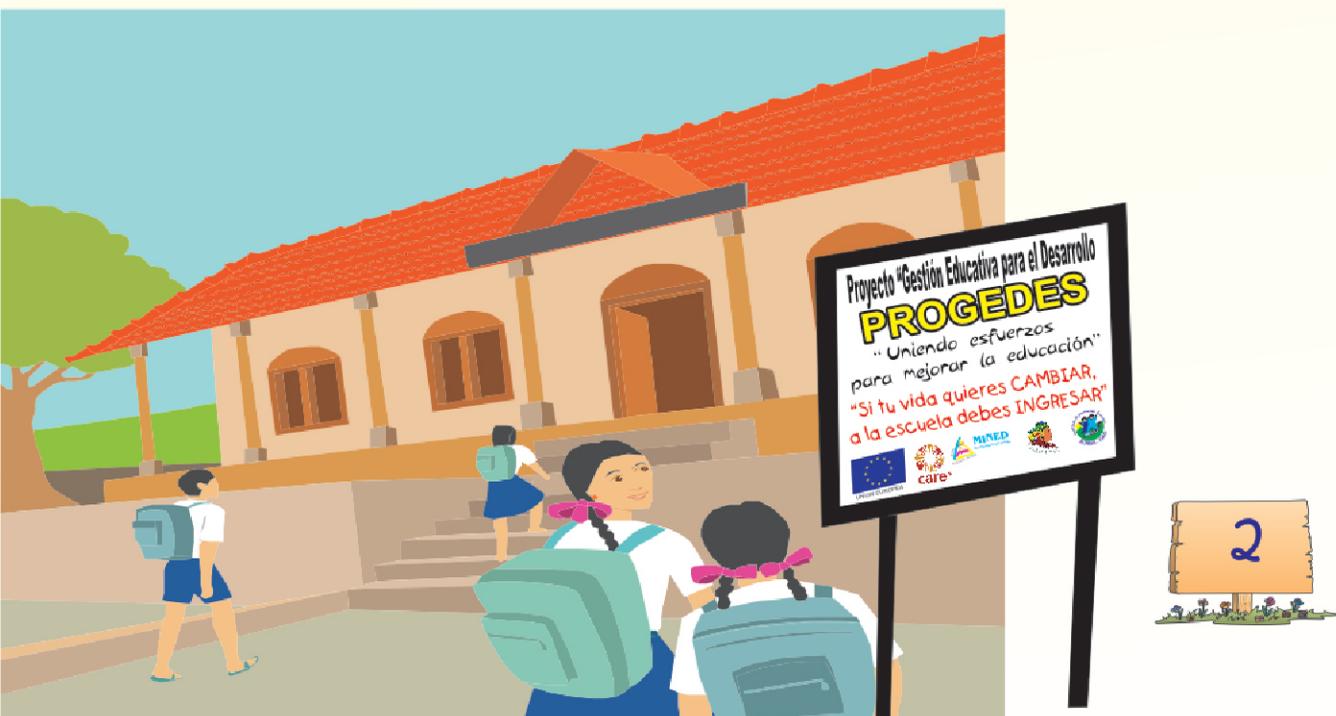




Rosario, detenía por un momento su burro para observar a las niñas y niños que jugaban con una pelota hecha de tripas de chanchito. — ¡Sooo burro!, párate o te doy en las orejas — le decía Rosario y el burro como si le entendiera se detenía por unos segundos.

En la Escuela, había un letrado que siempre le había llamado la atención a Rosario. Por más que lo intentaba, era imposible que entendiera lo que decía. Se iba triste y decepcionada porque no descifraba el mensaje.

Un día, cuando pasó por el lugar, pensó: “Algún día voy a saber lo que dice ese letrado”. Con sus talones blancos por el polvo, golpeó la panza del burro y siguió su camino, a la vez que le decía: — ¡Arre burro! algún día vamos a tener Escuela en el Ojoche y hasta a vos te voy a llevar, tal vez si aprendes algo te dejaré de llamar burro sopetón.



Camino a casa Don Juan meditaba. — ¡Hombreé! qué importante que es la palabra, qué importante es decir lo que uno siente y desea. — Si yo hubiera hecho esto antes, ya supiera leer, pero hoy estoy como estos burros, ini más ni menos!

De regreso a casa, Rosario, ya no era la que se quedaba atrás, sino que se adelantó a su padre y a Juancito. Era tanta su alegría que quería ser ella quien le contara lo sucedido a Doña Canduchita, su madre, y así lo hizo. Su madre, al escuchar la historia, la felicitó porque gracias a su interés por aprender a leer, habría maestra en El Ojoche.

La noticia corrió como pólvora por todas las casas. Y como lo prometido es deuda, el lunes siguiente la maestra, una muchacha alegre de veintidós años, llegó para iniciar, lo que para Rosario había sido un sueño, y que hoy era una realidad.

SEIS MESES DESPUÉS, Don Juan, Rosario y Juancito bajaban como siempre al pueblo para vender la nueva cosecha, pero para Rosario, este no era un viaje como los anteriores, estaba ansiosa por leer todos los rótulos del pueblo, pero sobre todo, aquel letrado ubicado en la escuela que siempre le había intrigado.





— Pero señor le interrumpió Rosario, para mientras nos hace la Escuela podemos recibir clase debajo de un palo de papalón que da mucha sombra.

— Ves que dije que esta niña es lista — dijo el Alcalde, — Tenés razón niña, cuenten con la maestra, haré unos contactos aquí y para el próximo lunes reúnan en ese papalón a todas las niñas y niños de El Ojoche.

— Muchas gracias Señor, muchas gracias, los reuniremos

— dijo Don Juan.

— ¿Y puedo llevar mi burro? Preguntó Juancito.

— El Alcalde soltó una carcajada y le dijo: — Tu burro nunca aprenderá a leer hijo, y se despidió.

Al salir de la oficina, Don Juan iba contento por lo que habían logrado y orgulloso de sus dos hijos. Rosario, estaba que no cabía de la alegría, quería salir corriendo, pero su burro era tan burro que por más que le pegaba con sus talones no lo hacía correr.



De pronto, se le ocurrió una idea: — Y si le digo a mi papá que yo quiero aprender a leer y escribir, que quiero leer los cuentos que mi abuelo me contaba y que así voy a poder dar mejor el vuelto cuando me compren guayabas, jocotes, maíz y frijoles.

— ¡Aaah! y si pidiéramos que nos construyan una Escuela en el Ojoche, ¡qué lindo sería!, así hasta Juancito y los demás chigüines aprenderían a leer y escribir.

— ¡Siiiiiiiiiii!, eso haré . — Le diré a mi papá que vayamos a ver al Alcalde pa' pedirle que nos construyan una escuela, porque si aprendo a leer y a sumar, nunca más nos van a engañar los bandidos de este pueblo que nos compran lo poco que traemos.

Y golpeando más rápido la panza del burro con sus talones, lo forzaba que moviera más ligero sus cortas patas, dejando un polvazal tras de sí hasta alcanzar a Juancito y su papá.





— ¡Oiga papá!
— ¿Que pasó Rosario? ¿Por qué te atrasás, es que no podés hacer correr ese burro? — La próxima vez te traigo a pie.

— No papá, es que me quedé viendo un rato a los chigüines de la escolita y pensaba en lo bonito que sería si Juancito y yo supiéramos leer.

El papá le respondió: — Ya te he dicho, que la escuela sólo es pa' los del pueblo. Toda mi familia, desde mi tata hemos trabajado duro pa' ganarnos la vida y así seguiremos.

— No papá — respondió Rosario, no ve que casi no ajustamos pa' la comida. Este vestido me lo compró hace 3 años y lo tengo todo remendado y el calzón chingo de mi hermanito Juan, es tan viejo que tiene hoyos por todos lados y hasta la nalga se le ve.

— A mí me gusta que me entre aire por esos hoyitos — dijo Juancito soltando la risa.



Estaban conversando cuando salió de una oficina un señor moreno, quien preguntó. — ¿Qué fue Candidita, que quieren estos señores y estos niños?

— Quieren conversar con usted señor Alcalde — .
Respondió la muchacha.

— ¿Sobre qué? — Preguntó el Alcalde y ahí mismo Rosario le contestó: — Es que queremos una Escuela en El Ojoche. Yo he oído que la Educación es un derecho de la niñez y en El Ojoche hay muchos niños y niñas a quienes no se les está cumpliendo este derecho.

— ¡Uh! Que niña más lista — expresó el Alcalde.

— Mire señor — continuó diciendo Don Juan quien se restregaba las manos sudadas por los nervios —, mis hijos quieren estudiar, yo no sé leer y por eso no les puedo enseñar. Así como ellos, hay muchos niños en la comunidad.

— Ya, ya, conozco la situación respondió — el Alcalde y pronto tendrán su escuela — Váyanse tranquilos.



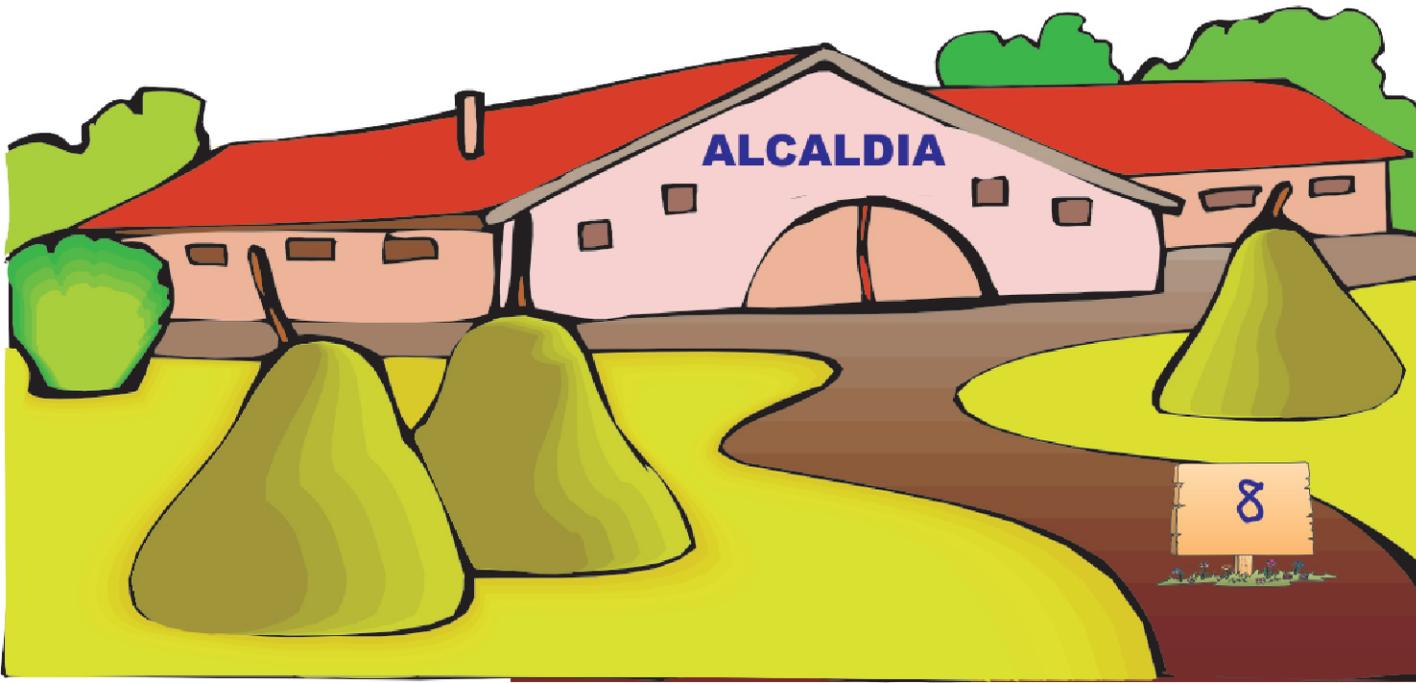


Al día siguiente, iban mujeres, hombres, niñas y niños para el pueblo. Cuando llegaron a la Alcaldía, hablaron con una muchacha bien vestida y pintada que estaba sentada cerca de la entrada y Don Lencho le preguntó: — ¿aquí vive el Alcalde?

— No, señor — le respondió ella con una risa burlesca. — Aquí es donde trabaja el Alcalde. ¿Para qué lo quiere?

— Es que mire, dijo Don Juan venimos del Ojoche, estos son mis hijos, yo quiero que ellos estudien, pero no tenemos escuela donde vivimos.

— Si señorita — interrumpió Rosario, por eso queremos hablar con el Alcalde.



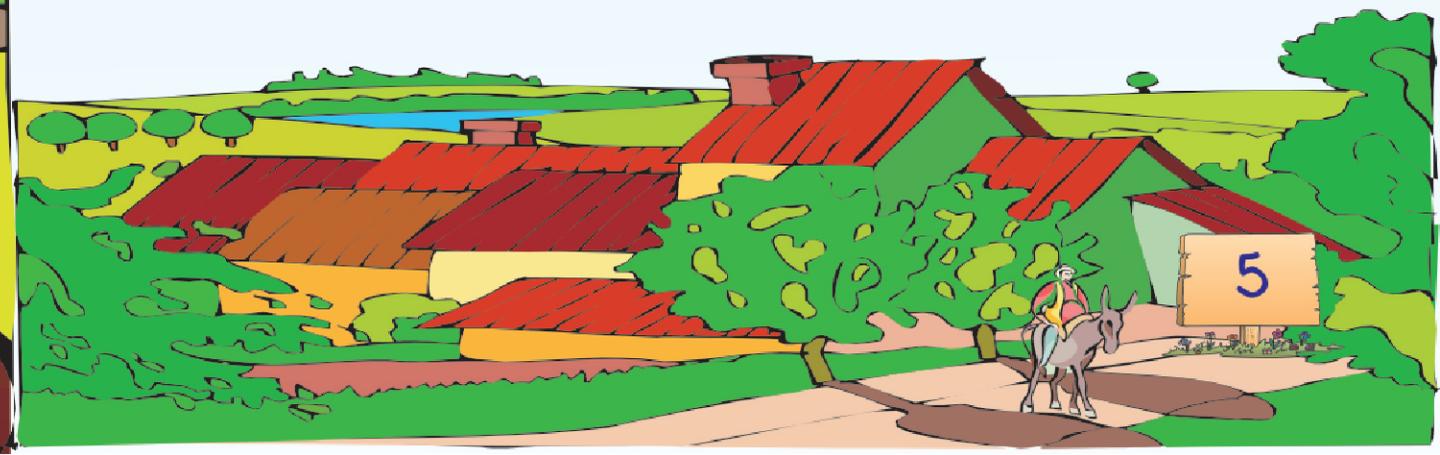
Así, entre risas siguieron caminando para el pueblo. Don Juan, muy pensativo por lo que le había dicho Rosario, le dijo: — Seguime hablando de la Escuela ¿Por qué querés estudiar?.

— Bueno... si yo aprendo a leer, nayden me va a engañar. Fíjese que yo venía pensando que en El Ojoche hay un poco de chigüines, acuérdesese de la Chilo, Ruperto, Cipriano, Chepe y tantos más que les gustaría estudiar y se me ocurrió que podemos ir a ver al Alcalde pa' pedirle que nos hagan una Escuela en El Ojoche.

— Estás loca muchacha — le respondió Don Juan — vos crees que ese señor nos va a recibir. — Esos señores no escuchan a los pobres como nosotros.

Rosario, que quería convencer a su papá le comentó: — Mi mamá siempre dice que hay que hacer el esfuerzo.

— Déjame pensarlo — dijo Don Juan, primero tenemos que vender estas guayabas y el may y después veremos.



Don Juan no dijo nada pero se quedó pensando: “Esta chigüina me la ha ganado, yo nunca intenté estudiar y me quedé como el burro sopetón. Creo que es buena idea ir a hablar con el Alcalde y así hasta Juancito aprendería. — Sí, voy a ver qué hago.

De pronto pegó un grito: — ¡Aquí van los frijoles, las guayabas! y despertó a Juancito que iba dormido en su burro llamado el Capitán.

Al oír los gritos, una señora bien hermosa que estaba parada en la puerta de su casa, le dijo: — Enseñame esos frijoles, si me gustan te los compro. — Espero que no estén caros, porque ahora ustedes todo lo quieren vender caro



Después de negociar el precio, como siempre sucedía, Don Juan vendió su carga quedando inconforme porque nunca le daban lo que pedía. — Tanto que uno trabaja pa' sacar estos frijoles — pensó, y al final le pagan lo que quieren.

Ya molesto, gritó — ¡chigüines! vamos a buscar algunos guinellos pa' el almuerzo. — Cuando lleguemos al Ojoche voy a hablar con la gente de la comunidad para que vengamos a hablar con el Alcalde a ver si abren una Escuela para todos los chigüines que hay allá. — Hasta nosotros los papas y las mamás podemos estudiar.

— Sí papá le respondió Rosario, quien saltaba de alegría y abrazaba a su papá, una y otra vez.

Tal como lo había dicho, Don Juan habló con Don Lencho el líder de la comunidad, con su comadre Celia y con otros papás y mamás que no mandaban a sus hijos a la escuela.

